

CAPITULO V.

El poeta y el amor.—Triunfos que debe al sentimiento más hermoso del alma.—Alarcon no se casó jamás, ni se creyó digno del sacerdocio.—Las mujeres patrocinan sus comedias contra las silbas amañadas de los hombres.—Los carteles de teatro.—Los videntes.

1614

¡Bien haya el corazón juvenil á quien tiránicamente no subyuga otra pasión más fuerte que la de amor! ¡Bien haya el mancebo que en el amor pone la gran felicidad de la vida! Proteo, de formas no sujetas á número, recorre amor las regiones más distantes, arrebatado por la fuerza del natural de cada hombre, y ejecuta los mayores prodigios. Sube al empero en alas de la caridad y de la fe, y nos confunde con los ángeles; cae, nuevo Luzbel, y nos enfanga en el abismo de la corrupción y vileza. Viste pellico en pastoriles albergues, y brocado en el espléndido alcázar; rompe y desbarata las barreras y clases que inventa la humana vanidad, y une los cayados y los cetros, haciendo posible lo im-

posible. Transforma al hombre en otro de lo que es, origen y móvil las más veces de altas y generosas hazañas, y por él se muestra pródigo el miserable, dócil el voluntarioso, humilde el envidioso, bravo el tímido, héroe quien no lo imaginaba. Siempre el mismo y siempre diferente, como el sol, todo lo llena, todo lo vivifica; y si el monarca de la luz derrite en un punto la cera y endurece el barro, él, monarca del universo, con la propia flecha nos hiela y nos abrasa. Mira por otros ojos; siente por otros sentidos; hace lo feo hermoso, agradable lo imperfecto, y extiende su manto de púrpura sobre la desgracia y la pobreza. La venda de Amor á la vez ciega y da vista: llenan de valor las contrariedades el pecho enamorado; despiertan y aguzan el ingenio los peligros; los embarazos abren camino, y los rodeos facilitan el atajo. Son dos amantes el asunto de la conversacion de cuantos los conocen; imaginan que no los mira nadie, y todo el mundo los ve; sin embargo, si el galán guarda secreto, el vulgo le respeterá, sin hallarse con valor para romperle. Amor no necesita de palabras. ¡Qué bella historia nos relata de unos ascendientes de los Escipiones el emperador Marco Aurelio Antonino, en los immaculados é interesantes amores de aquellas dos almas delicadísimas, Etrusco romano y Verona latina, á quien

la naturaleza negó el habla y el oído, y sordomudos se idolatran y corresponden, con elocuencia que envidiarían los más sutiles ingenios! Amor, en fin, puede ceñir al poeta dramático lauros que no se marchitarán jamás, levantando el entusiasmo á la cumbre de su mayor alteza; porque, alma del mundo, es el alma del teatro. Y en estudiar esta pasión en sus aciertos y errores, en sus triunfos y derrotas, en lo vulgar y en lo errático de sus movimientos; en sorprender sus secretos misteriosos, identificarse con ella por medio de la inspiración, y encontrar su fórmula más perfecta, hace siglos y siglos que trabaja sin cesar la musa dramática, mostrando inagotable la materia y nobilísimo el intento.

ALARCON impregna sus obras de un muy delicado tinte amoroso; bien que pague á la edad su tributo, deslizándose alguna vez lascivo en las primeras comedias; pero se repone luego, y ya no abandona jamás la senda de la limpieza y del decoro. Todos sus dramas evidencian que antes se apoderó de su corazón el amor que el apetito, y que allí erigió un trono al más bello sentimiento del alma. Para él nada tan hermoso como la dulce compañera de la vida: ni el espectáculo de la naturaleza, ni la majestad del estrellado cielo. Otro afecto ninguno le pudo encadenar tan apretadamente.

No reina en mi corazón
Otra cosa que mujer,
Ni hay bien, á mi parecer,
Más digno de estimación.
¿Qué adornada primavera
De fuentes, plantas y flores;
Qué divinos resplandores
Del sol, en su cuarta esfera;
Qué purpúreo amanecer,
Qué cielo lleno de estrellas
Iguala á las partes bellas
Del rostro de una mujer?
¿Qué regalo en la dolencia;
En la salud, qué contento;
Qué descanso en el tormento
Puede haber sin su presencia? (281)

En vano tropieza en la corte con interesantes y busconas: aprovecha la ocasión de satirizarlas en sus primeros trabajos escénicos; pero huye de confundir con ellas á las que son honra y ornamento de su sexo, y para quien toda alabanza le parece mezquina. Muy al contrario de D. Francisco de Quevedo (que, estragado desde la infancia con el trato de envilecidas mujeres en el estudio de Alcalá, acaba por menospreciarlas á todas), ALARCON les halla disculpa á su flaqueza. Así es que, al censurar en el teatro los vicios, como á su civilizador propósito cumplía, sin disparar el dardo á clase determinada de la sociedad, contempla delante de sí la formidable hues-

te que formaban en la corte las busconas, ejerciendo tiránico dominio sobre señores, pícaros y mosqueteros; pero se libra de poner en acción las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, no se erige en fiscal rígido é implacable del sexo débil, y aun se atreve á tomar su defensa:

Todos, según imagino,
Piden; que para vivir,
Es fuerza dar y pedir
Cada cual por su camino:
Con la cruz, el sacristán;
Con los responsos, el cura;
El monstruo, con su figura;
Con su cuerpo, el ganapan;
El alguacil, con la vara;
Con la pluma, el escribano;
El oficial, con la mano;
Y la mujer, con la cara.
Y ésta, que á todos excede,
Con más razón pedirá;
Pues que más que todos da,
Y menos que todos puede. (282)

Imposible decir con frase más bella, delicada y concisa los tristes móviles que conducen á la mujer al extremo de profanar sus hechizos.

Quien así compadece la femenil flaqueza, y la disculpa, estaba en camino de ser el paladín de las buenas contra los espíritus groseros y malignos, que en todos los siglos se deleitan en gra-

cejar y divertir al vulgo á costa de la hermosa mitad del género humano. Tan saladísimas razones asesta en su famosa comedia de *Todo es ventura* á los que aguzaban el ingenio para maldecir de las mujeres:

¿Qué es lo que más condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos:
Que el hombre que llega á estar
Del ciego Dios más herido,
No deja de ser perdido
Por el *troppo variar*.—
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto;
Ó tire una piedra el justo
Que no incurre en este error.—
¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer,
Si ningún hombre porfia,
Y todos al cuarto día
Se cansan de pretender?—
¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
Si todo somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
Y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placeres
Carecen de perfección,
¿Mala pascua tenga quien
De tan hermoso animal
Dice mal ni le hace mal,
Y quien no dijere: *Amén!* (283)

No se infiera de aquí haber desterrado ALARCON de sus dramas el tipo de la mujer egoista, desenvuelta y aun depravada; pero le finge sin encono, y le introduce por exigencia del asunto, cayendo en los descuidos de quien pinta sin tener delante escogido modelo. En cambio, ¡qué bellísimos retratos no presenta de mujeres firmes, discretas, honradas y valerosas, llenas de ternura y abnegacion, ahora pobremente nacidas en intratables sierras, como la nodriza Jimena de *Los Pechos privilegiados*; ahora, entre armiños y martas, cual la Marquesa D.^a Inés en *El Exámen de maridos*! El tipo, el modelo que dentro de su alma tenia nuestro ALARCON, de la mujer, era el más ideal y más bello: propio, ya de quien le sueña y desea encontrar, ya de quien ama y solicita con respetuosa é inquebrantable constancia; ya, en fin, de quien logró victoria en fuerza de grandes merecimientos.

Hombre de refinado gusto y de elevada inclinacion, debió poner su pensamiento en dama de alta valía, contentándose con ocultar su amor en vez de reprimirle; y cuando pudo medir toda la profundidad del abismo en que se despeñaba, y quiso vencerse y retroceder, ya era tarde:

Apaga el cierzo violento
Llama que empieza á nacer;

Mas en llegando á crecer
Le aumenta fuerzas el viento. (284)

Ampárase de la oscuridad de la noche para acercarse sin ser notado á la mansion del objeto querido. En la calle, en la iglesia y en el paseo apróvéchase del bullicio de la gente, de los cancelos y de los árboles para para esperarla, temiendo que todo el mundo adivine su intencion, ménos ella. «Muera yo, y viva su honra,» dice, y se aleja. «Más vale que ignore mi pasion; ¿qué puedo esperar con esta ridicula figura? Pero ¿qué importa la figura? ¿No habrá una mujer que se enamore de mi alma?

En el hombre no has de ver
La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber.

.....
Que, aunque al principio repara
La vista, con la costumbre
Pierde el gusto ó pesadumbre
De la buena ó mala cara.» (285)

Esforzado con tales razones, y aun á riesgo de perder hasta el consuelo de la sombra de esperanza que hay en la duda, cuando se desconfía, resuélvese á romper el silencio. Declara su amor y no le escuchan:

¿Podréisme negar acaso
Que dos veces cubrió el suelo

Tierna flor y duro hielo,
Despues que por vos me abraso? (286)

Insta y no le contestan; prosigue en su rendido culto, y coge los más fieros desdenes:

¿Qué delito cometí
En quererte, ingrata, fiera?
¿Quiera Dios!.... Pero, no quiera;
Que te quiero más que á mí. (287)

¿Cuánta pasión, cuánta ternura no encierra este apóstrofe, este admirable conjunto de despecho y reconvencion, de amenaza y dulcísimo requiebro arrancado de lo más hondo del alma? Quien escribía esto amaba con locura, sin ser compadecido siquiera.

Déjanse llevar frecuentemente las mujeres por las primeras impresiones; y como el amor propio es en ellas el sentimiento que más domina, sobrándoles ánimo para exponer reputacion y vida, no suelen tenerle para arrostrar lo ridiculo. Pero esta misma vanidad pueril, que en los principios habia de ser un muro de diamante contra los galanteos de ALARCON, se debió trocar en su auxiliar más poderoso cuando con sus obras dramáticas arrebató la atención del público, adquiriendo renombre de famosísimo poeta. (288)

¿Qué valian contra la huéste mujeril las interesantes cábalas de los mosqueteros y de los se-

ñores, al querer hundir á silbos una comedia de quien no fuese Lope ú otro autor favorito? El estruendo de pitos y llaves, silba de varios sucesos, no fué bastante á impedir que llegasen al corazon de la mujer los nobles sentimientos que animaban el del poeta mexicano. Así es que su nombre continuamente almagró, como dice Quedo, las paredes de la villa; porque se anunciaban á cada paso comedias de DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA: prueba de que los silbos no pudieron alejar del teatro á las mujeres, y con ellas á la imparcial muchedumbre, que paga y quiere solazarse con un placer honesto.

Como los émulos contribuyen más que nada á la sólida gloria de un poeta, siempre debe á ellos las más preciosas noticias el historiador y el biógrafo.

Quien lea el prólogo que puso ALARCON á sus *Comedias*, y conozca los sucesos de aquel tiempo, difícilmente concebirá que pudiera tener ánimos nuestro autor para no abandonar la escena despues de uno y otro descalabro. Pero los émulos nos testifican el hecho seguro de que se representaban continuamente en los teatros de Madrid comedias de DON JUAN y del maestro Tirso de Molina, á despecho de Lope y sus secuaces:

VÍCTOR, DON JUAN DE ALARCON
Y el fraile de la Merced!—

Por ensuciar lá pared,
Y no por otra razon. (289)

Ignoramos de quién es este epigrama; pero sabemos que pertenece á la pluma de Quevedo una larga sátira contra el mexicano, donde se lee:

¿Quién á las chinches enfada?
¿Quién es en este lugar
Corcovado dé guardar,
Con su letra colorada?
¿Quién tiene toda almagrada,
Como ovejita, la willa?
Corcovilla. (290)

Y era que los anuncios de teatro se fijaban por las esquinas, manuscritos; en letras grandes góticas de tinta colorada, los nombres del poeta y empresarios; como éste, del día 5 de Junio de 1619, que aun se conserva original en el Ayuntamiento de Sevilla; y cuyo calco, y juntamente no pocas noticias peregrinas de aquel inolvidable teatro, debo al sevillano juriconsulto, elegantísimo escritor é insigne poeta, Sr. D. Juan José Bueno:

Valle Do i ceazio

^{tan}
Repss oi miercoles Sus famosas fiestas
en doña elVira a las dos. (291)

Con frecuencia, pues, anunciaban los carteles de Madrid:

SANCHEZ Y MORALES

*representan hoy (tantos) la famosa comedia
de D. Juan Ruiz de Alarcon
en el Príncipe, á (tal hora).*

Y como gustase una obra á las mujeres, no faltaba galan que á media noche, cogiendo su brocha y puchero de almagra, escribiese en los parajes mas públicos:

¡Victor, DON JUAN DE ALARCON,
Por su comedia famosa
De *La Verdad sospechosa!*

Tan verdaderos triunfos, por más que las amañadas silbas los quisiesen presentar como derrotas, acabaron porque ALARCON viese rendida la fortaleza de Diamante, donde tenia su voluntad cautiva en grillos de oro. Y no pudiendo reprimir el alborozo del alma enamorada, fiale, satisfecho, á la pluma, exclamando:

En esta vida ¿qué bien
Puede igualar á la gloria
De conseguir la victoria
De un dilatado desden? (292)

Los émulos nos descubren asimismo que an-

daba engañando bobas ALARCON; es decir, que halló preferente lugar con las damas. Sin embargo, ninguno de los adversarios de DON JUAN ha dejado rastro para sospechar el nombre de la señora de sus pensamientos. Hoy casi todas las flaquezas de Lope y de Quevedo son notorias; de ALARCON se sabe únicamente que amó mucho, y que fué correspondido. Pero comenzando él por encerrar en lo más profundo del pecho el nombre de su amada, y no desahogando ni sus penas ni sus alegrías con amigo ninguno, sino con su musa, y en fábulas al parecer indiferentes, se libró de envidiosos y atrevidos competidores, y de que la posteridad se divierta á costa de su mayor secreto. Bien se alcanzaba que

A mujer de quien se sabe
Alguna flaqueza, es cierto
Que llega á hablar el galán
Sin aquel cortés respeto
Que ántes tuvo; porque piensa,
Teniendo su honor en ménos,
Que el favor que al otro hizo
Se le debe de derecho. (293)

Si resucitase, no tendria necesidad de prorumpir en el desesperado grito, que no parece sino que se adivinó para Lope:

¡Mal haya el hombre que fia
Sus secretos á un papel!

En las comedias *La Industria y la suerte*, *Ganar amigos*, *Los favores del mundo*, *El Exámen de maridos*, y sobre todo en *Las Paredes oyen*, nos dejó, ya que no la historia de su vida, la historia de su corazón.

No fué casado; ni cercano á la vejez quiso aceptar pingües prebendas. Su secreto amoroso bajó con él al sepulcro.

Indiscrecion y arrojó seria si, excitados nosotros por el ansia de escudriñar vidas ajenas que desasosiega á la edad presente, quisiéramos ver en D.^a Clara de Bobadilla y Alarcon la amada del poeta; infiriéndolo de haber dicho Quevedo que andaba engañando bobas, y encontrarle con aquella dama elogiando en verso la traduccion del libro de Aquiles Tacio, intitulado *Los más fieles amantes*.